

El primer encuentro

Pablo abre lentamente los ojos y con cuidado mira a su alrededor. Se encuentra en una habitación toda blanca, en la que las paredes y los suelos se fusionan casi a la perfección.

“¿Qué pasó?”. Pregunta Pablo muy desorientado.

“*Te caíste de bicicleta y te golpeaste la cabeza con una piedra*”, le responde ella con calma.

“¿De veras? No me acuerdo de nada”, se dice a sí mismo.

“*¡Así sois los humanos!*”. Responde ella con una sonrisa.



“¿Nosotros los humanos? ¿Pero quién es usted, si me permite preguntar?”. Pregunta Pablo, desconcertado.

“*¡Soy un ángel!*”. Responde ella.

“¿Un ángel? ¿Pero entonces he muerto?”. Exclama, atemorizado.

“*No, no te preocupes, todavía no. Si demuestras ser digno, aún tendrás muchos años por delante*”, Sonríe ella.

“¿Demostrar ser digno? ¿Digno de qué?”. Pregunta con asombro.

“*¡Digno de vivir, tonto!*”. Responde ella con voz seria.

“¿Tonto? ¡Creo que merezco un poco más de respeto por su parte!”. Estalla él, enojado.

“*¡El respeto tienes que ganártelo, tontín!*”. Se burla ella, dándole un capón.

“Eh, ¿de qué va esto?”. Pregunta Pablo, mosqueado. Y mirando alrededor, añade: “¿Hay una cámara oculta en alguna parte?”.

“*No, tonto. Solo estás en la vida. O mejor dicho en lo que hiciste con tu vida*”, se burla ella.

“Quiquiera que sea usted, quiero hablar con su superior. Nadie me llama tonto, ni consiento que nadie me pegue. ¿En qué hospital estoy?” Espeta él sin ocultar su enfado.

“*Vaya, eres realmente estúpido. No estás en un hospital, estás en el limbo*”, responde ella molesta.

“¡Ya es suficiente! ¿Dónde está la alarma de emergencia?”. Pregunta él enérgicamente.



“*¿La alarma? No estás en un hotel donde puedes llamar al servicio de habitaciones. Resulta que también es arrogante, el hombre de la tierra*”, le aclara ella, con sorna.

“Si no llama a su superior, me voy de aquí”, le espeta indignado. Y se levanta despacio, dejando que sus piernas cuelguen de la cama, la una detrás de la otra.

Pero al intentar poner los pies en el suelo, se asusta. No hay suelo debajo de él. Nada firme bajo sus pies.

“¡Joder! ¿Qué pasa aquí?”. Estalla, con los ojos desorbitados.

“*Tendría más sentido preguntar qué NO hay allí*”, responde ella, cínica.

“Por favor, dígame: ¿Qué está pasando aquí? ¿Estoy soñando?”. Pablo está desesperado.

“*Los sueños son una oportunidad para cambiar al estado incorpóreo y, por lo tanto, presentan una entrada al mundo espiritual. ¡A nuestro mundo! Pero bueno, todo a su tiempo*”, le susurra ella al oído.